

La máquina fantástica de Francis Godwin y el viaje a la Luna de Domingo Gonsales

Elina Montes

Facultad de Filosofía y Letras, UBA

elina.uba.ar@gmail.com

Resumen

A fines del siglo XVI las noticias provenientes de tierras americanas tienen mayor difusión y comienzan a percibirse como un lugar concreto de exploración y conquista. Este hecho coincide con una retracción de las especulaciones utópicas acerca de territorios ignotos en el globo y una búsqueda de otros modos de imaginar lo desconocido en el espacio exterior que apela, fundamentalmente, a la divulgación de los nuevos conocimientos acerca del universo. Esta exposición se centrará en la obra de Francis Godwin, *The Man in the Moone*, escrita a principios del siglo XVII y publicada póstumamente en 1638. En primer lugar, se analizarán las características generales del texto para luego identificar cuáles son los motivos que hacen de ella un antecedente posible de la novela de viaje y aventuras de Defoe. Se señalarán, finalmente, los rasgos que insertan la creación de Godwin en la tradición satírica de Luciano, que retomará posteriormente Swift.

Abstract

By the end of 16th century the knowledge of new-discovered countries was spread by several means, and they started to be seen as a definite place for conquest and exploration. This coincides with the withdrawal of utopian speculations about earth's unknown territories and the pursuit of other ways to imagine the unknown places in outer space, which chiefly appeals to the spreading of new theories on the universe. This paper focuses on Francis Godwin's *The Man in the Moone*, which was written at the beginning of 17th century and posthumously published in 1638. Firstly we will analyze the more general characteristic of the work and then we will identify motifs that make it a predecessor of Defoe's travel and adventure fiction. Finally, we will remark on some features that put Godwin's work in the he Lucianic-satiric tradition also adopted by Swift.

*what if within the moon's fair shining sphere,
what if in every other star unseen,
of other worlds he happily should hear?*

EDMUND SPENSER, *The Faerie Queene*

Godwin elige para su novela a un personaje cuya tipología lo coloca en un lugar ambiguo con respecto a la credibilidad de sus relatos. Escrita probablemente a fines del siglo XVI o comienzos del XVII, *The Man in the Moone* se publica recién en 1638, a ocho años de la muerte de su autor. Gran parte de la crítica sugiere que las opiniones vertidas por Godwin acerca de los desarrollos de la astronomía de su tiempo pueden ser el principal motivo de la reticencia a dar a conocer sus escritos en vida y quizá también

justifiquen que haya cargado al protagonista con las características de los héroes de la picaresca, siempre prontos a afrontar las difíciles pruebas de la existencias con habilidad e ingenio, pero también a adornarlas con una exuberancia que linda con la fabulación. En ese límite ambiguo estaría depositando Godwin los nuevos saberes sobre el orden del cosmos.

El hombre en la Luna es una historia relatada en primera persona por Domingo Gonsales, un español que se dice de noble cuna que, luego de completar sus estudios en la universidad de Salamanca, decide ir en busca de fortuna en los Países Bajos, al servicio del Duque de Alba. Al retornar a España con un modesto capital, se casa y tiene hijos. Al poco tiempo, sin embargo, se ve envuelto en un enredo en el que se enfrenta y mata a un pariente. Obligado a alejarse hasta que la justicia se incline favorablemente en su favor, decide embarcarse hacia las Indias. Cuando está nuevamente camino de regreso, tras haber concluido algunos negocios que le permiten separar una copiosa fortuna en joyas, se enferma y lo desembarcan en la Isla de Santa Elena, con un esclavo negro. El lugar es descrito como un paraíso de abundancia natural y ahí Gonsales inventa un sistema de señalización para entrenar a unas gansas en el transporte de elementos de un punto al otro de la isla; las aves están enganchadas y son la fuerza propulsora de una extravagante máquina voladora. Al cabo de un tiempo el español y el esclavo son rescatados por un barco español que, a poco de hacerse a la mar, es asaltado por una flota inglesa. Los españoles son derrotados y dispersados, pero Gonsales logra armar su máquina y con ella remonta vuelo alejándose de los salvajes que lo amenazaban en las costas de Tenerife donde la nave que lo transportaba había naufragado. Sorprendentemente, las gansas sobrepasan el Pico de Tenerife y su vuelo enérgico sobrepasa el espacio sublunar, llevando al piloto a las tierras de la Luna. Ahí Gonsales tiene la oportunidad de conocer usos y costumbres de los selenitas y, al regresar, su máquina toca tierra en China, donde concluye el relato, con la esperanza de que pronto se reunirá con su esposa e hijos en España.

Si bien la novela de Godwin es precursora respecto de historias modernas sobre el espacio exterior, como bien señala Sarah Hutton, no se puede aislar el episodio lunar sin perder el significado utópico de la narración en conjunto; en efecto, la autora comenta que

El viaje lunar de Gonsales es importante no sólo por su obvio interés histórico, sino por ser un componente vital del aspecto utópico de la narrativa, vital en tanto vínculo entre las sociedades terráqueas y selenitas. La travesía lunar de Gonsales, entonces, constituye no sólo una digresión en la ciencia ficción, sino también una parte esencial de la maquinaria literaria que relaciona la utópica luna con una ya no tan utópica tierra. (2005: 5)

Y es que Godwin está escribiendo ya hacia fines del siglo XVI, cuando parecen haberse agotado las posibilidades de descubrir nuevas tierras que puedan ofrecer un motivo para especulación social y política. Sin embargo, es también una época en la que circula una gran cantidad de escritos científicos, que aunque aún no redefinan las formas de manera conclusiva, amenazan con derribar todos los antiguos paradigmas que todavía sostenían no sólo un diseño del cosmos, sino una forma de gobierno y de subjetivación que le era solidario: todo un modelo de soberanía y de obediencia, que era fiel reflejo de una voluntad creadora que había puesto a la Tierra en el centro de un cosmos cerrado y como único planeta habitado, diseño ejemplar del gran diseñador. A tal punto micro y macrocosmos estaban vinculados en una época en la que la ciencia no era un campo disociado de la teología, que en los varios debates acerca de la posibilidad de existencia

de otros mundos poblados que se habían instalado a fines del reinado de Isabel, se producían –por ejemplo– discusiones acerca de los alcances del pecado y de la salvación en un cosmos que no se adecuara a los parámetros de las Escrituras.

Para la época en la que escribe Godwin, los astrónomos estaban evaluando los cálculos y observaciones de Kepler, Tycho Brahe, Copérnico, y de Bruno, que defendía la idea de muchas tierras habitadas; al finalizar la primera década del siglo XVII, tomaban conocimiento del telescopio descubierto por Galileo. El prefacio de *The Man in the Moone* coloca la obra precisamente en el contexto galileano, cuando se afirma:

Que hubiera antípodas era antes una paradoja tan grande como lo es hoy pensar que la Luna podría ser habitable. Pero parece más apropiado pensar que este conocimiento está reservado a nuestra época de descubrimientos, en la que nuestro Galileo, con la ventaja de sus catalejos, puede observar las manchas del Sol y describir montañas en la Luna.

La novela pone en circulación diversos conocimientos científicos que se hicieron públicos a partir de 1620. McColley resume las diferentes concepciones tematizadas en el escrito de Godwin, particularmente en lo que concierne la atracción, rotación y masa de los cuerpos y lo que sería factible ver con la ayuda de los nuevos instrumentos:

1. La superficie lunar contiene irregularidades o manchas no visibles desde la tierra.
2. La rotación diurna de la tierra puede ser demostrada si se observara el movimiento de los continentes desde un punto en el espacio.
3. Hay una propiedad secreta, o atracción, de los cuerpos que se halla tanto en la Tierra como en la Luna, aunque ahí es menor.
4. La atracción puede variar de acuerdo con la distancia y la masa.

El año en que se publica la novela que nos ocupa también se edita la más seria disquisición de John Wilkins *The Discovery of a World in the Moone*, obra que Godwin no alcanzó a ver editada pero de la que muy probablemente conociera el espíritu. En ella, Wilkins se muestra reticente a imaginar las características que podrían tener los habitantes de la Luna, evitando así ingresar –por ejemplo– en un terreno espinoso para la especulación teológica sobre los medios que posean para alcanzar la salvación; en efecto, si los terrícolas no eran los únicos habitantes del universo, ¿cómo interpretar –por ejemplo– el sacrificio de Cristo?¹

Asimismo, como bien lo señala David Cressy en su ensayo “Early Modern Space Travel and the English Man in the Moon”, hacia principio de la década de 1630 el tema de otros mundos habitados ya estaba instalado y el público lector inglés, que podía incluso tener aproximaciones muy diversas al mismo, como es el caso del diálogo *Historias verdaderas*, la sátira de Luciano que había sido traducida por esos años en la que el narrador relata un viaje fantástico a la Luna. En 1621, Robert Burton, que se educó en el Christ Church College de Oxford como Godwin pocos años antes, edita por primera vez su *Anatomía de la melancolía*, una obra de enorme resonancia inmediata. En ella menciona varias veces las teorías científicas que le eran contemporáneas y en el libro segundo reflexiona:

¹ Wilkins se pregunta: “Whether they are the seed of Adam, whether they are there in a blessed estate, or else what means there may be for their salvation”.

Kepler (lo confieso) no admitiría de ninguna manera los infinitos mundos de Bruno, o que las estrellas fijas pudieran ser otros tantos soles, pero (...) concede que los planetas sí pueden estar habitados (...) Y lo mismo hace Tycho (...) él nunca creería que esos grandes y vastos cuerpos que percibimos estén hechos para el único uso de iluminar la Tierra. (1998: 64)

Un poco más adelante se pregunta:

¿quién habitará en esos vastos cuerpos, tierras, mundos, “si es que están habitados”? ¿”Criaturas racionales”, como reclama Kepler? ¿Tienen almas que puedan ser salvadas? ¿O habitan una parte mejor del mundo que la que habitamos nosotros? ¿Somos nosotros o ellos Señores del mundo? ¿Y cómo están hechas todas las cosas para el hombre? “Es un nudo difícil de desatar... (1998: 64)

Estas cuestiones no podían ser tratadas sino desde la ficción y Godwin parece haber recogido el guante. Ahora bien, la serie de interrogantes planteados por Burton cubren diferentes áreas especulativas, que van de la inquietud por lo antropológico y lo espiritual, al interés por la conformación geográfica o el universo de las prácticas que organizan las posibles sociedades alternativas a la nuestra e inclusive desliza –y este no es un punto menor– que la humanidad podría no ser el conjunto de criaturas con mayores capacidades que habitan el remozado diseño del cosmos. Todo esto halla una respuesta a través del viaje fantástico ideado por Godwin.

El inquieto y creativo protagonista de la novela, montado en una asombrosa máquina aérea, logra vencer la atracción terrestre y alunizar. Durante el trayecto, al igual que el viajero de Luciano, puede apreciar la Tierra desde el espacio exterior y los continentes y mares desfilan ante él como si viera girar un “enorme globo terráqueo”. Pero los paralelos que pueden trazarse con la sátira lucianesca se agotan rápidamente, puesto que para Godwin el encuentro con los selenitas (él los llama “lunarios”) remite, como dije anteriormente, a serios debates contemporáneos.

Del mismo modo que la Isla de Santa Elena es descrita como una suerte de Arcadia (un clima benévolo, abundancia de alimentos, docilidad de los animales), la Luna de Godwin es un lugar sorprendente y tan fantástico como las tierras narradas por viajeros como Mandeville. Así, a Domingo Gonsales le es dado verificar que aquello que para nosotros es la cara visible de la Luna resulta ser un área cubierta por las aguas, mientras que la zona continental se halla en lo que desde la tierra se percibe como un conjunto de manchas al que suele aludirse como “el hombre de la luna”. El título de la obra –*The Man in the Moone*– se refiere, entonces, a ese otro mundo vislumbrado desde nuestro planeta como una silueta imprecisa y antropomorfa; ahí el viajero se encuentra ante seres de excepcional estatura, que pueden recorrer largas distancias con solo saltar en una atmósfera con mínima gravedad. Entre los selenitas, Domingo comprueba que los hay de diferentes tamaños, todos muy altos, con una longevidad que corre pareja a la altura, por lo que algunos viven hasta 1000 años. La población y sus palacios tienen dimensiones inusitadas, los colores no se corresponden a nada conocido y el idioma posee un sistema tonal que se puede transcribir en un pentagrama. Luego de las aventuras vividas en la Tierra signadas por las vicisitudes que resultaron de los diferentes tipos de confrontaciones (la guerra, las enemistades particulares, los ataques padecidos en el mar), el episodio lunar le permite a Godwin imaginar un mundo sin enfrentamientos. Los habitantes de la Luna son virtuosos, puesto “que el aprendizaje cuenta con gran estima entre ellos y que aparentan querer desterrar toda mentida o

falsedad, las que son severamente castigadas”, y representan un modelo ejemplar de conducta y de gobierno, al respecto cuenta Gonsales:

Probablemente quiera usted saber algo más sobre la forma de gobierno de los lunarios y del modo en que ejecutan la justicia. ¿Qué necesidad tienen de castigos ejemplares? Aquí no se cometen crímenes, no hay necesidad de abogados, puesto que jamás hay juicio alguno y si la simiente de alguno comenzara a despuntar, sería arrancado de raíz por la sabiduría de los gobernantes. [la traducción es mía]

Con características que son obviamente deudoras de los relatos de la Edad de Oro, en el mundo lunar el clima es templado, no hay enfermedad ni sufrimiento y la muerte llega como el sueño:

En una oportunidad presencié la partida de uno de ellos, que contemplé con mucho asombro. A pesar de la vida feliz que llevaba y la multitud de amigos que tenía y de los niños que debía abandonar, tan pronto él ciertamente pudo percibir a conciencia que se acercaba su fin, preparó una gran fiesta y llamó a su lado a todo aquel que estimaba especialmente, rogándole que fuese feliz y gozara con él, puesto que había llegado el tiempo en que debía abandonar todo falso placer de ese mundo y ser partícipe de los verdaderos goces y la perfecta felicidad. [la traducción es mía]

En lo referente a la religión, el narrador nos da a entender que los selenitas conocen la palabra de Cristo, aunque el episodio que introduce el tema se desarrolla durante el primer encuentro con los habitantes de la Luna y cuando el viajero aún no ha aprendido su lenguaje y está entre sorprendido y asustado por la visión de tan fantásticos seres:

...esa gente que se presentó tan repentinamente ante mí ataviada del modo extraordinario que he mencionado. Por mi parte, me sorprendí grandemente y me persigné al grito de “*Jesus, Maria*”. Ni bien la palabra *Jesus* salió de mi boca tanto jóvenes como ancianos cayeron sobre sus rodillas (lo cual fue una alegría no menor para mí), levantaron ambas manos y repitieron palabras que no pude entender. [la traducción es mía]

El malentendido le permite sin embargo a Godwin sortear un tema espinoso; a la vez que su personaje interpreta que esas otras criaturas comparten, como él, un mismo universo de creencias, el autor puede diseñar un sistema moral que se corresponda con los principios filosóficos del cristianismo.

Bibliografía

Aït-Touati, Frédérique. *Fiction of the Cosmos. Science and Literature in the Seventeenth Century*. Chicago: The University of Chicago Press, 2011.

Burton, Robert (1640). *Anatomía de la melancolía*, tomo II. Madrid: Asociación española de neurosiquiatría, 1998.

Cressy, David. “Early Modern Space Travel and the English Man in the Moon”. En *The American Historical Review*, Vol. 111, N° 4 (October 2006), pp. 961-982.

Godwin, Francis. *The Man in the Moone*. Londres, Lever, 1638. Disponible en: <http://archive.org/details/strangevoyageadv00godw>. (La traducción al español de esta

obra, a mi cargo, se editará como parte de la investigación llevada a cabo en el contexto del proyecto UBACyT 20020100200009, 2011-2013.)

Hutton, Sarah. “*The Man in the Moone* and the New Astronomy: Godwin, Gilbert, Kepler”. *Etudes Epistémè*, N° 7 (2005) [en línea]. Disponible en: <http://revue.etudes-episteme.org/?the-man-in-the-moone-and-the-new>

McColley, Grant. “The Date of Godwin's *Domingo Gonsales*”. *Modern Philology*, Vol. 35, N° 1 (Aug. 1937), pp. 47-60.

Wilkins, John. *The Discovery of a World in the Moone*. Londres: Sparke, 1638. Disponible en: <http://archive.org/stream/discoveryofworld00wilk#page/n11/mode/2up>